

AQUELLAS MARAVILLOSAS SERIES

Alberto Rey

Créditos

Edición en formato digital: marzo de 2016

© Alberto Rey, 2016

© Ilustraciones: Marc Monés

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427

08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

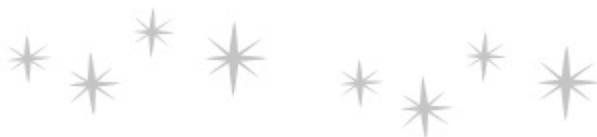
ISBN: 978-84-9069-374-2

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Charo, para Melanie

AQUELLAS MARAVILLOSAS SERIES



ADVERTENCIA

¿Otro libro de series?

Eso mismo me preguntaría yo. ¿Otro? ¿En serio? Por eso es importante que insista en la palabra OTRO y añada otra: MI. Este es OTRO libro de series, pero sobre todo es MI libro de series, o el libro de MIS series. No es OTRO libro de MIS series porque por ahora es el único. El único MÍO.

Libros de series hay muchos. Es tentador decir otra palabra gruesa, DEMASIADOS, pero sería de idiotas empezar ya desde la primera página tirando piedras contra mi propio tejado. Lo que sí hay es demasiados libros de series intentando ser EL libro de series. Hay demasiados compendios seriéfilos que intentan ser exhaustivos (como si eso fuese posible) o acotadísimamente monográficos (como si eso fuese posible... y apetecible). También hay demasiados libros apuntándose a la moda de lo retro, de lo muy recientemente declarado retro: los años ochenta, la EGB, Espinete, Olé Olé, la Ruperta... Este mismo, sin ir más lejos.

Por eso mi idea es, sin negar que este libro es OTRO, intentar que sea MI. Y como dicen que nada mejor para hablar de lo general que centrarse en lo particular, utilizar lo muy concreto para tratar lo muy genérico, partiré del yo para intentar llegar al nosotros, que es el vosotros. Al fin y al cabo, yo pertenezco a una generación específica en un lugar específico. Es lógico que mis referentes y mis recuerdos sean los de muchas otras personas. Específicos pero comunes. Tiene sentido que lo que yo viví, articulado aquí a tra-

vés de lo que yo vi, sea lo mismo que vivisteis y visteis vosotros. Estoy convencido de que MIS series de televisión también son VUESTRAS series de televisión. Si es así, ojalá que leas esto como si paseases por una galería de espejos deformantes, reconociéndote en todos los reflejos y en ninguno a la vez. Si al contrario, por haber nacido en otra generación, en otro país o en el seno de un culto religioso que prohibía el acceso a la televisión, MIS series no son TUS series, tómate los siguientes capítulos como una excursión por el archivo mental, incompleto, inexacto e incoherente, de un tipo que lo último que quiere es decirte qué series sí y qué series no.

Solo sé qué series MI.



PRÓLOGO

La vida es una tómbola

Sería bonito decir que un día (gris, de otoño, idealmente en Berlín o Amberes, alguna de esas ciudades de moda) me desperté con la idea de escribir un libro sobre las series de televisión que marcaron mi infancia y primera juventud. Que me hice un café (no, un té, y verde, y orgánico) y me senté en el sofá (ver: caro) del salón de mi piso (ver: loft), mirando el día (gris, de otoño y de Estocolmo, sí, ¡de Estocolmo!) a través de la ventana y, en un arrebato de inspiración, empecé a escribirlo. Pero no. Este libro, como muchos otros, realmente nació en una sala de reuniones de una editorial. En concreto, en una presidida por un enorme retrato de Marisol desnuda. Un pequeño detalle (de unos dos metros de alto) que, sin embargo, me viene al pelo para daros la bienvenida y dejar claras un par de cosas antes de pasar a mayores. La mítica fotografía de la estrella española, aquella portada de la revista *Interviú*, escandalosa (la revista en general y la portada en particular) en su momento, funciona bien como metáfora de lo que podréis encontrar aquí, en estas páginas. Empecemos con Marisol. No se me ocurre mejor comienzo.

Para mí Marisol siempre fue un actriz antigua, una estrella de un tiempo pasado, una presencia pop más cercana a Marilyn que a Madonna. Y escribo esto tras leer un inteligente artículo que argumenta la irrelevancia cultural de esta última. Indiscutiblemente, el autor explica cómo la tantas

veces reinventada (lo siento, siempre quise escribir este horrendo adjetivo) ambición rubia (ver: paréntesis anterior) está ahora atrapada entre la nostalgia de los que conocimos sus años mozos y los crueles «¿quién?, ¿esa señora MAYOR?» de las nuevas generaciones de consumidores de Gagas y Rihannas. Si es que Gaga y Rihanna no están también «mayores» cuando esto se publique, claro. Madonna está en dos sitios a la vez, en la memoria y al pie del cañón, chapada en oro en los museos y negándose a habitarlos para siempre. Pero ese «para siempre» por el que Mileys y Kanyes luchan casi patéticamente, a ella nadie se lo podrá negar. Madonna vivirá eternamente en los recuerdos de tres, quizá cuatro, generaciones y en unas hemerotecas que tendrán que adjudicarle su propia carpeta. Esa señora mayor, sí.

Marisol no estuvo nunca en esa situación, o lo disimuló muy bien. Sus fases fueron menos y sus cambios, aunque tal vez podríamos decir que hubo solo dos, abruptos y sorprendentes, pero no desesperados. Quizá debido a su absolutamente modélica humildad, ella no se reinventó, sino que se le quedaron los vestiditos yeyé y los personajes de jovencita asexuada groseramente pequeños y tuvo que redefinirse de nuevo. Porque realmente lo que se le había quedado pequeño era ella misma. Marisol cambió de rumbo dos veces, más por dignidad que por obligación. Y luego desapareció. Su boda comunista y aquella foto (bellísima, perfecta) de portada no fueron sino los hitos con los que Pepa mató a Marisol, aquella niña-mujer-concepto, idealmente española, españolamente ideal, falsa y apabullantemente famosa. Pepa tuvo la inteligencia (o la precaución) de no destruir a esa Marisol ideal. Porque no lo habría logrado. Hoy, si dices «la vida es una tómbola, tom tom tómbola», casi cualquier persona sabrá continuar. «De luz y de color. O-ooooor.»

Y ahora, un pequeño test: ¿Cuántas de estas frases sabes tú continuar?

—Érase, una vez, un planeta...

—En un país multicolor, nació una...

—Son, ochenta días son, ochenta nada más...

Si has sabido hacerlo, este es tu libro. Y si has querido hacerlo, también. Tú eres de los míos, de los que están entre los viejos estupefactos por ver a Marisol desnuda y los niños que se saben todos los singles de Katy Perry pero, cuando en un bar suena un temazo de la Madonna de los años ochenta o noventa, ponen cara de disgusto, mientras tú te lanzas a la pista, anulando todos tus esfuerzos por intentar parecer más joven. Con los brazos en alto, al ritmo de «Express Yourself» o «Vogue». O peor: «La isla bonita.» Sí, tus años tiernos ahora son nostalgia. Filtro sepia. Oldies. Vintage. El póster de *El retorno del Jedi* que tenías en tu dormitorio de niño ahora se vendería (y caro) en tiendas de decoración vintage de Malasaña o Gracia, junto con las cansinas variaciones warholianas de Audrey Hepburn. No les regales a tus sobrinos un peluche de *Alf*, porque no saben quién es. Por eso este libro es para ti y no para ellos. Brenda Walsh está tan cerca de tus hijos como Kim Novak de ti. Y si para ti Marisol es ya viejita, para ellos está al nivel de Isabel la Católica o Cleopatra. La vida ya no es una tómbola; es una televisión subida en un reactor hipersónico, que todo lo deja atrás. Todo menos tu memoria.

Mis series, las series MI, coinciden más o menos con dos décadas, los ochenta y los noventa. Mi primer recuerdo televisivo pertenece a *Mazinger Z*, aunque no es un recuerdo muy fiable. Lo que sí es innegable es que mi primera memoria está muy asociada a la televisión. Como el protagonista de *Sigue soñando*, mi niñez y adolescencia (de las cuales, por cierto, no tengo ninguna queja) estuvieron muy marcadas por ella. Entonces la tele era algo mucho más concreto, más compacto. Para empezar, solo había una, Televisión Española (que realmente eran dos pero REALMENTE no), con lo cual lo que echaban por la tele era lo que echaban por la tele. No elegías. O lo veías o no lo veías.

Lo veías.

Lo veías y lo compartías. La televisión-ritual, esa que aglutina al público ante el aparato a una hora determinada y que ahora parece quedar relegada únicamente a las emi-

siones en directo (desde los informativos a los acontecimientos deportivos pasando por *Gran Hermano*), entonces era lo que había. O entrabas en el juego o no entrabas.

Entrabas.

No tener televisión era entonces una extravagancia y, visto desde la perspectiva de un niño, una crueldad y un sinsentido. Como ocurre ahora con la telefonía móvil, había quedado atrás el tiempo en el que quien no la tenía era porque no podía pagarla. Quien decidía no hacer uso del televisor (algo que ocurría sobre todo en determinadas —y autodenominadas— élites culturales) expresaba con ello una especie de opción político-artística que, pretendiendo ser absolutamente humanista, resultaba francamente rancia. Y contraproducente. Conozco dos casos de niños que, por este posicionamiento político-cultural-educativo, en los ochenta no tenían televisión en casa. Los dos hacían lo imposible para poder verla en otros sitios, en otras casas. «¿De qué voy a hablar mañana con mis amigos en el recreo?», les dirían a sus padres entre sollozos, incapaces de hacerles entender por qué era FUNDAMENTAL que el lunes llegasen al cole con el episodio de *David el gnomo* visto. «Pues de los libros que has leído», responderían los papás, creyéndose educadores de primera, émulos de Susan Sontag y Philip Roth en un piso del barrio de Chamberí, o del Eixample. Por suerte para todos la equiparación entre no ver la televisión y ser una persona culturalmente superior hace tiempo que pasó al dominio de lo friki y lo extravagante, como hacer tu propio jabón o seguir la dieta de los colores (aclaración: eso existe).

Las generaciones españolas de los setenta y ochenta, quizá las dos primeras masiva y mayoritariamente televisivas, fuimos criadas primero en casa, luego en el cole, y luego en las franjas infantiles y juveniles de Televisión Española. Es posible que sea por eso por lo que tenemos la (a veces cansina) tendencia a echar de menos aquellas dos cadenas de TV que tantos buenos momentos nos hicieron pasar. Por un lado tenemos razón, aquella televisión infantil y juvenil valía la pena, pero por otro no estamos sino repi-

tiendo un patrón nostálgico que existe desde que el mundo es mundo: añorar la infancia y la juventud es algo que han hecho todas las generaciones. Todas. No es nostalgia de aquella televisión, es nostalgia de NOSOTROS viendo aquella televisión. Cualquier tiempo pasado no fue mejor, excepto si ese tiempo son los primeros años de tu vida. Aquel campo de juegos que recuerdas como un lugar mágico, realmente era un descampado (doy fe); aquella tarde de circo que todavía te emociona... tus padres se la pasaron bostezando. Y *Cortocircuito* es INSUFRIBLE.

Pero tranquilo, que yo no he venido aquí a pisotear tu dulce infancia.

Que nuestro registro mental de entonces esté más compuesto por secuencias de *Falcon Crest*, *Verano azul* y *Los aurones* que por fragmentos de el *Quijote* es absolutamente normal. No pasa nada. No nos pudrió el cerebro. No nos hizo peores que a aquellos niños que, con diez años, fueron obligados a leer *Moby Dick* y *La Regenta*. Ya las leeríamos después. Y veríamos *Twin Peaks*, *Oz*, *The Wire*, *Modern Family*, *Downton Abbey*, *Sherlock* o *True Detective*. Y le daríamos gracias a la tele por ser un invento tan maravilloso y a nuestros padres por habernos sentado frente a ella.

Vemos series porque vimos series. Somos adultos de tele porque fuimos niños de tele. De una, dos y hasta tres horas al día. Y fuimos niños felices. Lo que echamos de menos de aquella época no es *V* o *El equipo A*. Es una mezcla de niñez, televisión y felicidad. De descubrimiento y maravilla.

De luz y de color. O-ooooor.





VERANO AZUL

Así empezó todo (y así empieza esto)